

X Eduardo Ledesma Muñoz.

X CANTO ECUATORIAL

Patria mía, crucificada y sola,
dorada luz de antigua arquitectura:
reluce la limpia piedra florecida
en tus ciudades de silenciosas murallas,
en tus templos barrocos de encendidos signos.
Y tu pobre corazón alienta todavía,
mordido por el polvo, pisoteado,
vacío como el cielo detrás de nuestra muerte.

Ecuador de ayer, de hoy, de hundidos pies
bajo la tierra sin memoria:
suben tus ojos a guardar la altura,
tus ávidas manos hasta el fondo bajan
y extraen tembloroso el fruto sollozante.

Ecuador sin fe, sin luz en el destino,
¿qué se hicieron tus radiantes
laureles derribados?
¿qué tus héroes de fulminante espada
que hoy gimen aplastados contra el muro del invierno?

Pero yo sé, patria mía, doliente y pura,
hacia dónde giras en doble remolino:
conozco las raíces profundas que te nutren,
tu voz que abre una puerta
subterránea en la sangre.
Y sé también cuánto sufre el hombre de esta hora
bajo tu línea ecuatorial y ardiente,
bajo tu arco ideal de variada geografía.

Yo tiendo hacia tí mis brazos, pueblo mío,
y levanto tu esqueleto mojado por la lluvia,
y agito tu estelar bandera,
y digo a los pobres que esperen ya su hora.

Todo regresa otra vez a su sitio:
el río alza su himno de transparente espuma
y el vino retorna al cauce de su oscuro racimo.
Todo vuelve de nuevo a nacer a tu lado:
de tu costado salta el árbol milagroso
y extiende por el aire su semilla pura.

Las estrellas encienden otra vez sus señales.
Otra vez la rosa queda libre en tu frente
y da paso al arcángel de vaporosas alas.
Otra vez el león y la serpiente huyen
mientras salta una espada entre tu voz y tu sangre.
Y yo estoy aquí, derribado entre escombros,
golpeando con mis dientes y mis dolientes huesos
y mis curvadas rodillas castigadas
las anchas puertas de tu estación terrestre.

Quiero ayudar a rescatar tu nombre,
a levantar la bandera,
a encontrar las estaciones y los días
que se anuncian por fin en tu entraña iluminada.

Patria mía: los pobres salen de tu mano hoy día
por los anchos caminos de la tierra,
mientras el himno poderoso de tu sangre
llena de luz el horizonte entero.

Abajo, entre el cielo y el mar,
una espiga azul se arrodilla en la sombra
y escribe tu nombre para siempre.